



LA IDEOLOGÍA NAZI Y SUS RAÍCES

Daniel Fraenkel

El rol de la ideología: algunas observaciones preliminares. La ideología puede ser definida como un sistema abstracto de ideales, valores o creencias, que guía o sostiene la agenda política concreta y las acciones de movimientos políticos. Históricamente, el término –especialmente en los escritos de Karl Marx y sus seguidores— tomó a menudo una connotación negativa, ya que se lo asocia con una falsa conciencia, una especie de pantalla de humo proyectada por aquellos que la promueven para impedir a las masas una percepción auténtica de la realidad. Por esta razón los mismos dirigentes nazis preferían hablar de su ideología como una “cosmovisión” o Weltanschauung. Sea como fuere, en este artículo utilizaremos la palabra ideología para referirnos a un sistema subjetivo de ideas relacionado con la política, sin ninguna inferencia acerca de su valor en tanto verdad objetiva .

La importancia de comprender la motivación ideológica subyacente de un movimiento que estableció en el siglo XX un régimen que cometió algunos de los crímenes más horribles que registra la historia, no necesita mucha justificación o elaboración. Se basa en el hecho de que, tanto lógicamente como cronológicamente, la constitución de los fines y objetivos políticos concretos del nazismo, especialmente la acción genocida contra millones de civiles durante la Segunda Guerra Mundial, fue precedida por la ideología. Fue ésta, más que intereses políticos concretos o necesidades militares momentáneas, la que determinó la elección nazi de los judíos como sus víctimas y su decisión de lanzar una campaña de exterminio contra ellos. Sin embargo, al decir esto, debemos ser cuidadosos. En primer lugar, no deberíamos otorgar al nazismo un rango que no merece pretendiendo para él algún valor filosófico inherente, como si fuera un sistema de ideas abstracto. En verdad, el nazismo nunca pudo desarrollar un sistema comprensivo y lógico de ideas comparable al del comunismo, otro gran movimiento antidemocrático del siglo XX. La ideología nazi consistía, más bien, en un aglomerado de ideas acerca de la raza, la sociedad humana

y la historia alemana, que habían sido tomadas en libre préstamo por Adolf Hitler y otros dirigentes de varios filósofos antirracionalistas y excéntricos del siglo XIX, autoproclamados profetas, sin preocupación por su coherencia interna. Algunas de estas ideas nos sorprenderán y nos parecerán extrañas, oscuras y esotéricas. Sin embargo, la necesidad de explorar la ideología nazi no depende para nada de su originalidad intelectual o su lugar de honor en el mundo de las ideas. En rigor, por obviamente absurda, inútil y ofensiva que nos parezca la ideología nazi, el hecho es que durante doce años críticos esta ideología funcionó como la motivación subyacente de un movimiento político que tomó el poder en una de las naciones tecnológicamente más avanzadas y militarmente más poderosas del mundo .

Por otra parte, al insistir en el rol de la motivación ideológica del nazismo, no pretendemos que la política de los nazis respecto de los judíos después de 1933 o aun después de 1939 deba ser considerada como la implementación simple y directa de convicciones ideológicas. Lejos de ello, no hubo una progresión directa y predecible desde la fundación del Partido Nazi en 1920 o desde su acceso al poder en 1933, hasta la campaña genocida en la Segunda Guerra Mundial. Los nazis que tomaban las decisiones no sólo estaban sujetos a consideraciones prácticas y a restricciones de la realidad política, sino que, además, aun para ellos existía al principio un gran abismo, casi imposible de salvar, entre su imagen ideológica abstracta del judío como el enemigo racial absoluto de Alemania y su disposición para poner en ejecución el asesinato a gran escala de millones de seres humanos. A pesar de esto, parecería que el fracaso de la mayoría de los observadores de la época en tomar con suficiente seriedad la ideología nazi fue, en sí mismo, uno de los motivos más importantes para aquella “subestimación fatal” que Dietrich Bracher, el reconocido historiador alemán, identificaría como la causa fundamental de los éxitos iniciales del nazismo .

Orígenes del término “nazi” o “Nacional Socialista”. “Nazi” es la abreviatura utilizada ampliamente para el más bien abultado término alemán Nationalsozialistisch (nacional-socialista), que deriva del nombre oficial del partido nazi: “Partido Nacional-Socialista Obrero Alemán” (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei o NSDAP). Vale la pena tomar en cuenta que la abreviatura fue aplicada por primera vez al partido nazi por sus oponentes políticos: en el original alemán la misma conlleva una connotación negativa y despectiva. El origen del término “nacional-

socialista” se remonta a la política étnica anterior a la Primera Guerra Mundial en Bohemia, región que en ese momento pertenecía al Imperio Austro-Húngaro. El término apareció por primera vez en 1904 en el Partido de los Trabajadores Alemanes de los Sudetes, cuyo nombre se modificó en mayo de 1918 a Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes (Deutsch Nationalsozialistische Arbeiterpartei). Uno de sus ideólogos, el activista político alemán de los Sudetes Rudolf Jung, publicó en 1919 un texto detallado titulado Nacional Socialismo. El partido nazi alemán adoptó del de los Sudetes tanto su nombre como su programa político, al ser fundado en Munich en enero de 1919 por Karl Harrer y Antón Drexler bajo el nombre de “Partido de los Trabajadores Alemanes”. Hitler se asoció a los dos cofundadores en septiembre de 1919, y en febrero de 1920 el partido se rebautizó a sí mismo como “Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes”. El término “nacional-socialismo” remite a la pretensión del partido nazi de combinar en sí los fundamentos de dos grandes ideologías rivales del siglo XX: el nacionalismo y el socialismo. Esto a su vez se relacionó con la reivindicación ideológica de los nazis de proporcionar al pueblo alemán un “tercer camino” como alternativa a los dos extremos opuestos de capitalismo o comunismo .

La promesa de cumplir los deseos y satisfacer las necesidades de los más diversos sectores e intereses en Alemania, especialmente la reconciliación de las masas trabajadoras con el nacionalismo moderno, aparece muy claramente en la plataforma partidaria de 25“ puntos”, el único programa oficial del partido nazi que se haya publicado. El programa, leído por Hitler en febrero de 1920 en el primer encuentro masivo del partido, consiste en una mezcla peculiar de ideas pseudo-socialistas y anticapitalistas, principios racistas y antisemitas, declaraciones nacionalistas y demandas de expansión territorial. Sin embargo, en contraste con los otros ingredientes del programa, el elemento anticapitalista y pseudo-socialista no era mucho más que un aderezo superficial destinado a hacer que el nazismo resultara atractivo para las masas desocupadas y para la descontenta clase media baja. Este “programa” dejó de cumplir una función seria en la historia del partido después de 1926, cuando Hitler consiguió neutralizar el poder de los hermanos Otto y Gregor Strasser, quienes conducían el ala izquierdista del partido. De todos modos, el elemento “socialista” del nacional-socialismo jamás impidió a Hitler flirtear con importantes empresarios, ni obstaculizó que los mismos ofrecieran su apoyo al nazismo, antes y después de 1933 .

El nazismo como una forma de fascismo. El nazismo es una forma de fascismo, una ideología nacionalista del siglo XX que emergió en muchos países europeos entre las dos guerras mundiales, y ganó el control del gobierno en Italia en 1922 y en Alemania en 1933. El término deriva del latín *fascis*, ‘haz’, un manojo de ramas o varas atadas a un hacha, que simbolizaba la autoridad en la Roma antigua. Trasladado al italiano como *fascio*, con el significado de “sindicato” o “liga”, fue adoptado en 1919 por el dirigente italiano Benito Mussolini como el nombre de su movimiento, llamado *Fasci Italiani di Combattimento* (Liga Italiana de los Veteranos de Combate). El fascismo se caracterizó por su desdén por la democracia liberal y por las instituciones centrales de la democracia: el sistema parlamentario, la constitución y la santidad de los derechos del hombre. En su lugar, la figura dominante del líder (Duce en italiano, Führer en alemán), se convierte en la única representación legítima de la nación. En su relación con la modernidad, el fascismo tiende a ser ambivalente: por un lado, es romántico y añora el pasado en su autoritarismo, en su oposición a la modernidad y al racionalismo, en la adopción de mitos premodernos tales como la superioridad de la vida rural simple por sobre la civilización urbana, y en el uso de símbolos míticos (tales como el haz o la esvástica) asociados al pasado remoto del pueblo. Por el otro lado, el fascismo, con el propósito de difundir su propaganda política y ganar ventaja sobre sus oponentes, puede ser también intensamente moderno y aun pionero en su utilización por parte del estado de la tecnología y de las artes, en su manejo manipulativo de modernos medios de comunicación como la radio y el cine, y en el uso de medios de transporte avanzados, como el avión.

El nazismo alemán compartía con el fascismo italiano esta relación contradictoria con la modernidad, lo mismo que muchos otros rasgos, como una posición nacionalista agresiva, la glorificación de la guerra y el servicio militar, el Führerprinzip (culto del líder como un básico principio estructural), el uso extendido de ceremonias ritualizadas y reuniones políticas masivas para incitar a las masas, y el uso irrestricto de la violencia política interna o el terror como los medios más eficientes de conseguir sus objetivos. Sin embargo, a pesar de estas similitudes, las raíces intelectuales y sociales del nazismo eran singularmente alemanas, fundadas en una realidad social y una historia claramente alemanas. A fines del siglo XIX tuvo lugar en muchos países europeos una rebelión romántica contra el positivismo (doctrina filosófica que se

centra en lo físico y lo fáctico, considerados como la única realidad, ignorando todo fenómeno que sobrepase la experiencia concreta) y el racionalismo (una teoría de la percepción que rechaza cualquier conocimiento que no provenga exclusivamente de la razón). En Alemania, esta postura cobró vuelo en direcciones y alcances que no se encontraron en ningún otro país. A diferencia de naciones-estados modernos, como Inglaterra y Francia, Alemania era políticamente una nación “retrasada”, cuya búsqueda de siglos en pos de la unidad había sido sólo parcialmente satisfecha en 1871 con el establecimiento del imperio alemán bajo Wilhelm I. Las frustraciones derivadas de esta falta de homogeneidad nacional, asociadas a los problemas sociales y económicos provocados por una industrialización demasiado rápida, fueron más agudas en Alemania que en el resto de Europa. En 1873, la extendida crisis económica, que había sido causada por el colapso del gran crecimiento económico artificial que siguió a la victoria alemana en la guerra con Francia, agravó la situación de la clase media baja y aumentó su desasosiego. Todo esto hizo de Alemania un terreno fértil para la formación de varios cultos irracionales y sobrenaturales centrados en la “mística de la sangre” y la glorificación de un pasado alemán-ario. Al rechazar la sociedad industrial y la cultura urbana asociada con ella como incompatibles con la verdadera unidad nacional, aquellos cultos recurrieron a un pasado idealizado e imaginario en el cual los odiados judíos, concebidos como los agentes de la corrupción y la decadencia, no habían tenido ningún papel .

La Primera Guerra Mundial (1914-1918) y los términos humillantes del tratado de paz de Versalles (firmado el 28 de junio de 1919 y puesto en vigencia en enero de 1920), estimularon en Alemania estas actitudes escapistas, ensombreciendo la atmósfera pública .El tratado, que le imputaba la responsabilidad total por la guerra, impuso al país el pago de reparaciones extremadamente severas y lo forzó a ceder a sus vecinos occidentales y orientales varios territorios en disputa. El tratado nunca fue aceptado por la mayoría del pueblo alemán. El hecho de que la derrota militar jamás fue establecida en forma concluyente en el campo de batalla –Alemania misma no fue invadida y sus ejércitos se encontraban aún estacionados en territorio enemigo al final de la guerra– contribuyeron al mito de la “ puñalada por la espalda” (Dolchstosslegende) . De acuerdo con esta teoría, sustentada en círculos derechistas después de finalizar la guerra, el responsable de la derrota alemana no fue el ejército sino el frente interno, manipulado por los traidores socialistas y sus aliados judíos.

Una alta inflación, causada por el pago de pesadas reparaciones y el trauma de la derrota, dañó la economía de la República de Weimar, destruyendo a la clase media alemana. Este hecho fue utilizado por la derecha nacionalista-racista, cuya ideología de odio halló un eco adecuado en esa desesperada clase media .

La tradición *völkisch* como preludio del nazismo. La corriente de pensamiento más importante que ayudó a preparar el terreno para la aparición de la ideología nazi –y quedaría insertada en ella– estaba asociada con esa fuente inagotable de principios racistas y estereotipos antisemitas: la tradición alemana *völkisch* . Es cierto que sólo el trauma de la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial y la alienación causada por la política de la República de Weimar posibilitaron que el movimiento o los movimientos de base *völkisch* comenzaran su avance desde la periferia social hacia el centro y trazaran profundos surcos en la sociedad alemana en su totalidad. Sin embargo, la adhesión política masiva que el movimiento *völkisch* organizado pudo adquirir durante el período de Weimar (1919-1932) fue precedida por un largo desarrollo intelectual, en el curso del cual el pensamiento y las actitudes *völkisch* habían sido profundamente impresos en las mentes de muchos alemanes .

Alguna aclaración acerca de los orígenes de esta palabra puede ser oportuna. La palabra alemana *Volk* –de la cual se deriva el adjetivo *völkisch* – significa ‘gente’ o ‘pueblo’ y encierra una riqueza de connotaciones que no son siquiera insinuadas en su traducción a otras lenguas. La palabra, que en el antiguo idioma germano solía denotar una tropa de guerreros o una muchedumbre, adquirió en el siglo XVIII la connotación claramente peyorativa de vulgo o gente común. Sin embargo, con el cambio de actitudes y mentalidad que trajo aparejada la era del romanticismo en Alemania (durante la primera mitad del siglo XIX), la palabra perdió su connotación negativa y pasó a significar la condición muy deseable de un pueblo enraizado en su entorno natural. La cultura del *Volk* que vive en armonía con la naturaleza fue contrastada con la civilización corrupta y mecanizada de la ciudad moderna. Con el paso del tiempo, la palabra pasó a denotar una condición idealizada: la unión extraordinaria de un pueblo tanto con sus paisajes naturales como con la larga sucesión de generaciones que lo precedieron. En la propaganda nazi, que adoptó varios temas del romanticismo alemán, *Volk* y las muchas palabras derivadas del término adquirieron la condición de un concepto ideológico radical para todo uso. De

este modo, durante el Tercer Reich, la Comunidad Volk (Volksgemeinschaft) se convirtió en la denominación oficial para la “comunidad de sangre” y raza que el nazismo se esforzó en instituir. La verdadera Comunidad Volk , según Hitler, se elevaría por encima de “clases y órdenes sociales, ocupaciones, denominaciones religiosas y toda la habitual confusión de la vida” (1940). Desde el comienzo, un elemento central de esa comunidad mítica sería la exclusión —en última instancia, el exterminio físico— de aquellos sectores sociales que por tener sangre contaminada (es decir, no aria), eran inadecuados para formar parte de la comunidad. De este modo el término “alimaña del Volk ” (Volks - Schädlinge) pasó a ser en el discurso nazi una denominación corriente de los judíos y otros indeseables sociales. En el mismo sentido, la “furia Volk ” (Volkszorn) era la explicación común de la propaganda nazi para los crímenes cometidos durante el infame pogrom de la Kristallnacht (Noche de los Cristales (de noviembre de 1938. Derivaciones relativamente más inocentes del mismo término fueron el famoso Volkswagen (literalmente “el automóvil del Volk ”) y el aparato de radio nazi, el Volksempfänger (“el receptor del Volk .(“

Los padres fundadores del pensamiento völkisch : Paul de Lagarde y Julius Langbehn. Aunque varios conceptos völkisch pueden ser rastreados hasta el movimiento romántico de comienzos del siglo XIX, especialmente a Friedrich Ludwig Jahn, el profesor berlinés que fundó el movimiento de fraternidad estudiantil con el fin de fortalecer la “cultura alemana” a través de la gimnasia, la primera cristalización significativa del pensamiento völkisch en un sistema de ideas coherente sólo se produjo a fines del siglo XIX. Los nombres más importantes para tener en cuenta en este contexto son el del experto alemán en cultura oriental Paul de Lagarde (1827-1891; hasta 1854 conocido como Paul Bötticher) y el estudioso de la cultura alemana Julius Langbehn (1851-1907). Aunque no les faltó éxito como catedráticos, ambos eran de hecho investigadores decepcionados que trabajaron durante la mayor parte de su vida al margen de las esferas académicas de su época. Su logro especial fue su habilidad para transformar las decepciones y frustraciones de su vida personal en una crítica aguda de la civilización contemporánea y su decadencia social. Lo que reviste mayor importancia para nosotros es el hecho de que, en los escritos de ambos autores, los judíos y el judaísmo figuran destacadamente como el símbolo máximo de la decadencia de la civilización moderna. La principal contribución de Lagarde al pensamiento völkisch se encuentra en su colección de ensayos titulados Deutsche

Schriften (“Escritos alemanes”, (1878), en los que criticaba la falta de verdadera espiritualidad y unidad en la Alemania contemporánea, y proponía corregirla mediante una revisión drástica del cristianismo tradicional, reemplazándolo por una nueva fe alemana centrada en el renacimiento espiritual del Volk alemán. Con respecto a los judíos, aseguraba que su naturaleza esencial y su religión guardada-para-sí-mismos los convertían en incompatibles elementos extranjeros en suelo alemán y en una barrera a la verdadera unificación germana. Lagarde parecía creer en el mito de que los judíos practicaban el asesinato ritual de niños cristianos para utilizar su sangre en ceremonias religiosas, y llegó inclusive a proponer planes para su reubicación masiva en otros territorios, idea que preanunciaba algunos de los proyectos nazis de expulsión .

Mucho más difundido que la colección académica de ensayos de Lagarde fue Rembrandt als Erzieher. Von einem Deutschen (“Rembrandt como Maestro: Por un alemán”) de Julius Langbehn. Publicado en 1890, el libro tuvo 40 ediciones en dos años y continuaba siendo leído ya comenzados los años ’30. Langbehn, que compartía con Lagarde su crítica a la naturaleza materialista y racionalista de la sociedad alemana moderna, eligió al famoso pintor holandés Rembrandt como el modelo sobresaliente de un artista que confiaba en su intuición subjetiva y sus impulsos creativos místicos como inspiración para su trabajo. Langbehn trató de elevar estas cualidades a una nueva religión mística, una celebración exaltada de la fuerza vital y orgánica de la vida, que él consideraba el remedio efectivo para el espíritu materialista y mecanicista que se había apoderado de Europa. Con respecto a los judíos, los describía como los pervertidos archienemigos de la verdadera espiritualidad, la personificación de todo lo que era dañino para el auténtico Volk alemán. En sus escritos, Lagarde y Langbehn ofrecieron por primera vez una crítica sistemática de la sociedad que sentó la base ideológica para el ulterior desarrollo del pensamiento völkisch .

Germanismo cristiano. Los prejuicios antisemitas del pensamiento völkisch eran naturalmente reforzados por los prejuicios cristianos tradicionales. Después de todo, el cristianismo tenía sus propias tendencias antijudías que de ningún modo abandonó, y a las que no renunció cuando se confirió a los judíos igualdad de derechos en muchas regiones de Europa. Con el crecimiento del movimiento völkisch y la

consolidación sistemática de sus ideas en los escritos de Lagarde y Langbehn, el antisemitismo religioso tradicional fue absorbido por el pensamiento völkisch , dando por resultado una síntesis de pensamiento conocida por los historiadores como “germanismo cristiano”. Según sus adeptos, el judío era un ser sin alma, consumido por la lujuria y la codicia, incapaz de un verdadero comportamiento moral .

En 1879 Wilhelm Marr (1819-1904), un periodista desocupado que había sacrificado su empleo y su carrera para luchar contra lo que él consideraba “la amenaza de la dominación judía mundial”, fundó la Antisemiten Liga , primera organización explícitamente dedicada a la difusión del antisemitismo. En un panfleto que tuvo doce ediciones, Marr despotricó contra los peligros del judaísmo y convocó a una lucha a vida o muerte entre éste y el germanismo. La liga de Marr tenía vínculos estrechos con el movimiento völkisch . En 1881 Eugen Dühring (1833-1921), un respetado profesor de Berlín, publicó un libro titulado Die Judenfrage (“La cuestión judía”), en el cual se proponía analizar dicha ‘cuestión’ en Alemania en términos raciales. Dühring atribuía la corrupción y maldad judías a rasgos raciales congénitos. Denunció como un fraude los esfuerzos de ciertos judíos para asimilarse a través de la conversión al cristianismo, alegando que su bautismo era un intento de enmascarar sus intenciones destructivas. Negó que el cristianismo estuviera innegablemente entretelado con el judaísmo, afirmando que el primer deber de todo cristiano era combatir al judaísmo con todas sus fuerzas. Según él, una lucha a muerte entre los alemanes y los invasores judíos había sido ya decretada por el destino. Sin embargo, los alemanes triunfarían gracias a su fuerza racial superior. Otro defensor del antisemitismo que basó sus teorías en ideas cristianas tradicionales fue el predicador de la corte real del emperador Wilhelm I, Adolf Stöcker (1819-1896). Ultra-conservador en su visión política, Stöcker acusaba a los judíos de tratar de socavar el orden social existente y de ser los enemigos del estado alemán protestante que él pretendía defender. Aunque como eficaz orador público Stöcker fue un precursor de la campaña antisemita de los oradores nazis anteriores a 1933, el concepto de una guerra racial total contra los judíos iba más allá de su perspectiva cristiana conservadora .

Hacia fines del siglo XIX parecería haber existido una disposición en algunos escritores a cruzar el límite entre la prédica teórica y la violencia efectiva. Hermann

Ahlwardt es uno de estos casos. En 1890 publicó *Der Verzweiflungs-Kampf der arischen Völker mit den Judentum* (“El conflicto desesperado entre los pueblos arios y el judaísmo”). Basándose en las doctrinas de los pensadores germánicos, Ahlwardt afirmaba que un pueblo que se deshiciera de los judíos estaría libre para el desarrollo natural del Volk y, por lo tanto, obtendría la dominación del mundo. En la relación con los judíos la misericordia cristiana estaba definitivamente fuera de lugar; en cambio, afirmaba Ahlwardt, la nación debía actuar con determinación para combatir la amenaza judía. Sin embargo, llegado el momento de enunciar propuestas concretas para llevar a cabo tales medidas, exhibió reservas que eran todavía típicas de su época. Cuando diseñó un programa operativo, no fue más allá de una convocatoria para imponer a los judíos restricciones rigurosas, mediante un decreto que los declarara extranjeros en suelo alemán y los excluyera de todos los ámbitos de la vida alemana .

La base ideológica del antisemitismo völkisch fue resumida por Theodor Fritsch (1852-1933), un publicista que conquistó una admiración casi religiosa entre los nazis con su *Antisemitischer Katechismus* (1887, “Catecismo antisemita”), que luego apareció con el nombre de *Handbuch der Judenfrage* (“Manual de la cuestión judía”). Dietrich Eckart, el amigo y consejero del joven Hitler, lo definió en 1920 como “todo nuestro arsenal intelectual”. Proveniente de un entorno de clase media, Fritsch adoptó la lucha contra los judíos para salvar a la clase media alemana de la nueva ola de industrialismo y capitalismo, que él identificaba típicamente con los judíos. Sin embargo, este antisemitismo de base socio-económica progresó hacia el odio racial .

La demonización del judío fue quizás el resultado más funesto del desarrollo de la ideología völkisch . Su descripción como un intruso y un agresor, como la antítesis del alemán, contribuyó a popularizar una percepción que consideraría a las víctimas judías de la persecución nazi como no totalmente humanas .

La naturaleza perversa del judío, descrito en el pensamiento völkisch como perpetuada por depravadas pulsiones íntimas originadas en su esencia, fue reflejada también en su estereotipado retrato físico. Los rasgos cambiantes de los judíos se contrastaban con el ideal de belleza alemán: su figura rechoncha y grotescamente retorcida, con piernas cortas y una nariz típicamente “judía”, era opuesta a la simetría

idealizada del hombre nórdico. El miedo a la corrupción racial con sus asociaciones erótico-sexuales se convirtió en una obsesión de los pensadores völkisch . La imagen del judío oscuro, astuto, lujurioso, que seduce a la inocente y rubia doncella alemana rondaba las mentes de estos autodesignados defensores del Volk alemán .

El racismo científico: Gobineau y el desarrollo de la antropología racial. Otra corriente de pensamiento decimonónico que tendría una influencia decisiva en la ideología nazi y especialmente en Hitler fue la doctrina del racismo. En contraste con la visión germánico-romántica del movimiento völkisch , que fue mística en sus orígenes y se constituyó en primer lugar como una rebelión contra las filosofías desprovistas de espiritualidad, el positivismo y el racionalismo, el racismo surgió del mundo de la ciencia del siglo XIX. El antisemitismo alemán llegó a ser realmente mortífero cuando se fusionaron en él estas dos corrientes definidas de pensamiento: las visiones místicas de la grandeza del pasado germánico-ario, y las especulaciones pseudocientíficas sobre los fundamentos raciales de la civilización .

La antropología del siglo XVIII ya se había ocupado de la clasificación racial de las naciones, al tiempo que Franz Joseph Gall (1758-1828) fundaba la ciencia de la frenología, una protopsicología que sostenía la posibilidad de conocer el carácter y las capacidades mentales de una persona según el tamaño y la forma de su cráneo. Sin embargo, el racismo “científico” advino recién a mediados del siglo XIX con la publicación del *Essai sur l'inégalité de les races humaines* (“Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas”), en cuatro volúmenes, del conde Joseph Arthur de Gobineau (1816-1882). Este diplomático y poeta francés hizo de la raza el único factor determinante en la historia humana, descartando a instituciones como la religión, los gobiernos y las ideas, a las que consideraba “supersticiones”. De acuerdo a Gobineau, la humanidad es intrínsecamente desigual y la componen razas “inferiores”, principalmente negros y semitas, y razas “superiores” o “más puras” como los “arios” y los “teutones”. Sólo las razas “superiores” poseen poder creativo. Su acceso a un lugar prominente en la historia depende de su pureza racial, pero están destinadas a abandonar el escenario de la historia en cuanto son contaminadas por las razas “inferiores .”

Aunque las ideas del racista francés estaban destinadas a jugar un papel mucho más importante y funesto en Alemania de lo que jamás lo hicieron en su tierra natal, su efecto en la escena alemana no fue inmediato y tuvieron que aguardar hasta la década de 1890. Ludwig Schönmann (1852-1938), el traductor alemán de Gobineau, fundador de la Sociedad Gobineau en 1894 y su presidente hasta 1920, era un típico activista *völkisch* que pensaba que todos los males que él asociaba a la modernidad y a la influencia judía podían corregirse mediante la aplicación de los principios raciales de Gobineau. Aun así, los propios escritos de Gobineau nunca llegaron a ser totalmente populares por sí mismos en Alemania; en cambio, debieron su impacto a su entusiasta adopción por parte de Richard Wagner (1813-1883) y el círculo de Bayreuth. Wagner, el famoso compositor alemán admirado como ningún otro por Hitler, se convirtió en una figura central de la tradición nazi debido tanto a sus escritos antisemitas –el más destacado, *Das Judentum in der Musik* (1850, “El judaísmo en la música”)– como al contenido temático de sus obras musicales, especialmente *Der Ring des Nibelungen* (“El anillo de los Nibelungos”), considerado por los intérpretes nazis como un texto sagrado de la raza alemana, y *Die Meistersinger von Nürnberg* (“Los maestros cantores de Nuremberg”), elogiado como una “profesión de fe de germanismo” que celebra el Volk y el antiguo pasado heroico alemán. El yerno y ferviente admirador de Wagner, Houston Stewart Chamberlain (1855-1927) se convirtió con el tiempo en el defensor más significativo de la doctrina racial en Alemania. Inglés de nacimiento, Chamberlain fue atraído a Alemania por su temprana admiración hacia la música de Wagner. Luego de su (segundo) matrimonio con la hija de Wagner, Eva, se estableció permanentemente en Bayreuth y se nacionalizó en 1916. La obra mayor de Chamberlain, *Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts* (“Los fundamentos del siglo XIX”), que apareció en Alemania en 1899, utilizó muchas de las ideas de Gobineau, aunque las expandió y las superó. Mientras Gobineau se contentaba con ofrecer un análisis objetivo de la historia de la civilización desde la perspectiva de la raza, Chamberlain, empecinado optimista, se presentaba como el profeta del porvenir, haciendo de la raza la esperanza futura de la humanidad. En este aspecto era un verdadero romántico, y su visión se adecuaba a la mística romántica de la tradición *völkisch*, añadiéndole el aura de la respetabilidad científica. Su interpretación de la historia era dualista, ya que la consideraba como el campo de batalla de fuerzas opuestas: el bien absoluto, representado por las razas teutónicas o indoeuropeas, y el mal absoluto, representado

por la deshumanizada anti-raza semítica o judía. Los judíos eran incapaces de ninguna actividad creativa productora de cultura. Mientras los indoeuropeos estaban ansiosos por mantener la pureza “inmaculada” de su propia raza, los judíos estaban al mismo tiempo empeñados persistentemente en infectar a los indoeuropeos con sangre judía. Chamberlain “rescató” al cristianismo para el germanismo, pretendiendo demostrar con argumentos pseudocientíficos que Jesús no pudo haber sido judío, ya que la Galilea donde él había vivido estaba habitada por tribus no judías. Del mismo modo, con respecto a la ciencia y la tecnología, no las rechazaba como algunos de los otros visionarios místicos, sino que proponía liberarlas de la presencia judía. El libro de Chamberlain, que culminaba con un pasaje donde predecía la victoria inminente de la raza alemana, se hizo inmensamente popular en el movimiento völkisch , y contó entre sus lectores a Adolf Hitler. Los dos hombres se admiraban mutuamente, por cierto, y en 1924, tres años antes de la muerte de Chamberlain, el futuro Führer alemán fue a presentar sus respetos a su muy reverenciado y ya enfermo maestro .

Darwinismo social. Entretanto, el racismo de base antropológica de Gobineau se fusionó con otra corriente distinta de pensamiento racial, que tenía sus raíces en la teoría de Charles Darwin sobre el proceso de evolución por selección natural. El biólogo británico publicó su revolucionario estudio *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of Favored Races in the Struggle for Life* (1859, “Sobre el origen de las especies por medio de la selección natural, o la preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida”), sólo cuatro años después de la publicación del ensayo de Gobineau. Sin embargo, mientras que la contribución de Gobineau a la ciencia, si no hubiera sido por su influencia letal en el desarrollo de la doctrina racial, difícilmente habría merecido siquiera una nota al pie en la historia intelectual, el estudio clásico de Darwin se ubica como uno de los mayores logros científicos de su época. La pregunta se impone: ¿cómo un trabajo científico de tan alta calidad terminó siendo mal utilizado por la forma más vulgar de la ideología racista? El paso intermedio que necesitamos aquí es el del así llamado “darwinismo social”, es decir, la polémica aplicación de las leyes darwinianas a la humanidad y a la sociedad. La teoría de la evolución original de Darwin se proponía demostrar que todas las especies vivientes, incluida la humana, están sujetas a y son resultado de la selección natural, es decir la supervivencia de las más aptas y las más fuertes. Darwin llegó a sus descubrimientos haciendo las siguientes observaciones: a)

en toda población biológica los miembros individuales tienen sus propios rasgos y poseen el potencial para nuevos rasgos; b) el tamaño total de una población dada permanece estable aunque el número de descendientes es mayor que el necesario para mantenerlo. De estas observaciones él infería que el resultado de las diversas fuerzas que actúan sobre la población —competencia, enfermedades, clima— es la supervivencia de aquellos individuos más adaptados a su entorno. Denominó a este proceso “selección natural”. Los sobrevivientes se reproducen, transmitiendo a sus descendientes sus cualidades adquiridas más útiles. Con el paso del tiempo y en el curso del cambio gradual del entorno, el proceso de selección habrá efectuado una modificación en la población como totalidad y se formará una nueva especie .

La fuerza explosiva de la obra revolucionaria de Darwin radicaba en el hecho que, por primera vez, ofrecía una explicación natural y auto-reguladora para la evidencia de que hay tantas especies diferentes y, de este modo, terminaba con la necesidad de incluir en el esquema factores sobrenaturales. Tampoco podían ser desechadas como meras especulaciones las conclusiones cuidadosamente enunciadas por Darwin: ellas estaban basadas en un cuerpo sólido de pruebas escrupulosamente reunido. Sin embargo, con el darwinismo social (la adaptación de la teoría de Darwin a objetivos sociales y políticos), nos trasladamos a un plano ético y científico completamente diferente. Uno de los primeros promotores del darwinismo social en Alemania fue Ernst Hückel, un profesor de zoología en la Universidad de Jena (Turingia), quien ya en la década de 1860 utilizó la teoría de Darwin para desarrollar una filosofía universal que se aplicaba a fenómenos no sólo biológicos sino también psicológicos y sociales. Mientras que Hückel mismo, a pesar de su ataque a la Iglesia y al cristianismo, no utilizó su teoría para socavar las normas éticas asociadas con la civilización judeo-cristiana, los partidarios posteriores del darwinismo social sí lo hicieron. Ellos afirmaban que la sociedad humana era como un organismo biológico y que, por lo tanto, los principios de la selección, “el descarte” y el “derecho del más fuerte” que tienen lugar en la naturaleza, deberían también regir las relaciones entre los individuos y los grupos humanos .

Aunque el darwinismo social no fue de ningún modo un fenómeno exclusivamente alemán, en ningún otro lugar fue elevado, aún antes de que Hitler apareciera en escena, al rango de una religión mundial. Su expansión en Alemania fue facilitada por

un concurso de ensayos organizado en 1900 por la dirección de la poderosa Corporación Krupp sobre el tema: “¿Qué podemos aprender de los principios del darwinismo para aplicar al desarrollo político interno y a las leyes del estado?”. El ganador del primer premio, Wilhelm Schallmayer, observaba a todas las instituciones humanas en términos de la lucha por la supervivencia. Su socio íntimo y protector, Alfred Plötz, sostenía que sólo la raza aria se hallaba en la cima del desarrollo racial. Como modo de asegurar la salud de la raza sugería que, en el momento en que nacía una criatura, debería realizarse una consulta entre médicos para determinar su derecho a vivir. Otro discípulo de Plötz, Adolf Lenz, produjo en 1917 bajo su dirección una tesis adecuadamente titulada “Una ética revisada”. En esta tesis, Lenz se expresaba sobre la “suposición ingenua de que todos los hombres tienen iguales derechos”. Afirmaba incluso que “no podía haber mayor falacia que la creencia de que la naturaleza humana rechaza la guerra: lo exactamente contrario es cierto”. Lenz argumentaba que el objeto del estado no es procurar que “el individuo obtenga sus derechos sino servir a la raza .”

De acuerdo con los darwinistas sociales, la civilización moderna y sus principios humanitarios eran una espada de doble filo, que favorecía al débil y amenazaba el proceso de la selección natural como regulador saludable de los asuntos humanos. Los darwinistas sociales consideraban su obligación revertir esta “enfermiza” interferencia con el proceso natural. Exigían que el estado moderno dejara de apoyar a los “elementos incapaces” y favoreciera en cambio a los elementos biológicamente valiosos de los cuales depende la supervivencia de la raza. Los partidarios de la escuela de higiene racial (eugenesia) fueron aún más lejos pidiendo la esterilización forzosa, si no la eliminación física, de todos aquellos sospechosos de sufrir enfermedades hereditarias o debilidades. Además, el mismo principio de preservación de la especie podía ser trasladado de la sociedad unitaria a las relaciones entre grupos humanos como naciones y razas. De este modo, los darwinistas sociales más fanáticos como Alexander Tille pudieron reclamar para las razas más fuertes, en nombre del mismo principio de autopreservación de la especie, el derecho de destruir a las más débiles. Cuando los nazis tomaron el poder en Alemania, especialmente luego de que las primeras etapas de la guerra mundial debilitaran todas las inhibiciones y los tabúes normales, estas fijaciones ideológicas aparentemente insanas y fantásticas pudieron convertirse en pura realidad y en programas aplicables. Hitler mismo dijo en su libro

Mein Kampf que “en la búsqueda de la autopreservación, los así llamados ideales humanitarios se derritieron como la nieve bajo el sol de marzo”. Heinrich Himmler, jefe de las SS, la mayor ejecutora de la ideología nazi, concebía la misión de su organización en los términos siguientes :

“Somos como el especialista que cultiva plantas quien, cuando quiere producir una nueva cepa a partir de una especie bien probada que ha sido agotada a causa del exceso de cruzamientos, va primero al campo para extraer las plantas indeseables. Nosotros también comenzaremos por arrancar y descartar a la gente que, en nuestra opinión, no es material adecuado de SS ”.

El programa de estudios de 1933-1934 para la educación filosófica de los SS hacía una distinción entre razas inferiores y razas “de alto valor”, que eran definidas como “la culminación del proceso biológico”. Los representantes primarios de las “razas de alto valor” eran los pueblos de linaje nórdico. Ellos habían sobrevivido en la lucha por la vida, a pesar de una tasa de fertilidad baja, a causa de una habilidad creativa innata que los llevó adelante en el proceso de selección natural. Proporcionaban, pues, “la más impactante evidencia de que la ley básica del conflicto eterno, en el cual todos los débiles y los menos valiosos deben sucumbir, es válida”. En contraste, los principales representantes de pueblos de linaje racial inferior, los judíos, prosperaban viviendo en las ciudades, que eran adecuadas para sus características especiales, pero eran dañinas para la mayoría de los pueblos y especialmente para las razas de alto valor. El estado nazi, que había comprendido estos factores biológicos, había tomado “medidas para promover una mayor discriminación en la reproducción .”

El racismo nazi y el ocultismo. Además del völkisch y las escuelas científico- raciales, otra concepción ideológica debe ser considerada para completar la gama de las influencias intelectuales que alimentaron la estructura de la ideología nazi: las filosofías raciales ocultas o esotéricas, que se arraigaron en los países de habla alemana entre las décadas de 1890 y 1920, período en el cual se gestó el nazismo. El ocultismo difiere del pensamiento místico más tradicional del racismo völkisch en dos aspectos importantes: 1) Tiene que ver con teorías altamente complejas de cosmología, historia e instrucción espiritual, más que con mitos raciales. 2) Es promovido por sociedades secretas o sectas que se organizan alrededor de una

filosofía esotérica. Uno de los grupos esotéricos más conocidos era la Sociedad Teosófica, constituido alrededor de Helena Petrovna Blavatsky, inmigrante de Rusia establecida en París. Blavatsky sostenía que la teosofía (‘sabiduría de los dioses’) derivaba de una avanzada civilización anterior, en la cual el conocimiento religioso estaba unificado con el conocimiento científico. La primera logia teosófica se estableció en Alemania en 1894 y se multiplicó rápidamente. La obra esotérica de Blavatsky fue especialmente relevante para la formación de la ideología nazi por el hecho de que otorga un lugar de prominencia al concepto de raza. Blavatsky describió toda la evolución humana en términos de la revelación mística de siete razas originales, cada una con su propia sub-raza. Cada raza original está constituida por una combinación única de ingredientes físicos y espirituales. En los primeros tiempos el hombre era puro espíritu, con poderes psíquicos sobrenaturales que había perdido pero que estaba destinado a recuperar al completarse el ciclo de desarrollo. La presente era la quinta etapa del desarrollo, en la que la raza aria ocupaba el primer puesto del progreso cultural y espiritual y representaba todo lo que es humanamente valioso. Al finalizar el sexto y séptimo circuito el hombre regresaría a la anterior etapa de pura existencia espiritual, que sería también un estado de comunión con la naturaleza .

Todo esto en sí mismo debía convertir la visión teosófica de Blavatsky en favorable y grata para la mentalidad nazi. Sin embargo, había una característica adicional importante en sus enseñanzas que le otorgaba altas calificaciones a los ojos del nazismo: Blavatsky era rotundamente antisemita. Así como la raza aria simbolizaba en sus escritos todo lo que era cultural y espiritualmente valioso en la civilización actual, del mismo modo el judío era la culminación de todo lo negativo: la encarnación del vil materialismo, del racionalismo astuto y de la sensualidad vulgar. Vale la pena destacar también que el material que sirvió para escribir los Protocolos de los Sabios de Sión –una invención antisemita que acusaba a los judíos de una conspiración mundial– fue introducido en Rusia por uno de los devotos seguidores de Blavatsky. Hay por cierto impactantes ecos verbales y temáticos de Blavatsky en los escritos y pronunciamientos documentados tanto de Hitler como de Alfred Rosenberg, el autodesignado ideólogo del movimiento nazi, cuyo libro *Der Mythus des zwanzigsten Jahrhunderts* (1930, “El mito del siglo XX”) pretendía ser un manual del pensamiento nazi .

Al mismo tiempo, existían importantes diferencias entre la teosofía y la doctrina racial nazi, que no deben ser ignoradas. En primer lugar, Blavatsky no identificaba a la raza aria con los pueblos germánicos de su época. Y más importante aún, la suya era una visión esencialmente pacifista. No predicaba la violencia racial, ni llamaba a la derrota de las razas inferiores por las razas superiores. Debemos por lo tanto hallar otro vínculo entre el nazismo y el ocultismo, que dé cuenta de la violencia inherente a la ideología racial nazi. Este vínculo puede muy bien haber sido provisto por la ariosofía, una filosofía de lo oculto que combinaba sus ideas esotéricas con el nacionalismo y racismo *völkisch*.

La figura central de la ariosofía fue el escritor ocultista Guido von List (1848-1919), entre cuyos seguidores se incluían celebridades tales como Franz Hartmann, el jefe de estado mayor del ejército austro-húngaro, el pintor Mönch y Jörg Lanz von Liebenfels (1874-1954), el autotitulado “investigador racial, filósofo de la religión y místico sexual”. En 1903, los adherentes de Von List, entre los que había ricos comerciantes, fundaron en Viena la Sociedad Guido von List. Entre la teosofía y la ariosofía existió una relación innegable: muchos de los adeptos de Von List eran al mismo tiempo admiradores incondicionales de las enseñanzas de Blavatsky. Del mismo modo, algunos de los contribuyentes de Prana, un diario de ocultismo publicado por la sociedad teosófica en Leipzig, eran ariosofistas .

Von List escribió sobre sus ideas ocultistas en una serie de libros, entre los que se destacan *Die Armanenschaft der Arie-germanen* (1908, “La casta Armanen de los ario-germanos”) y *Die Religion der Arie-Germanen* (1910 , “La religión de los ario-germanos”), que se convirtieron en los principales textos ideológicos de la ariosofía. De acuerdo con su filosofía, sólo los arios, la raza más alejada de la sociedad moderna racionalista y materialista, eran capaces de percibir la fuerza espiritual vital que se expande por el universo. Los judíos, por el contrario, eran el principal ejemplo de un pueblo apartado de la naturaleza, infectados por el excesivo materialismo y racionalismo de la civilización moderna. Von List propuso establecer un Estado Ario-Germánico, que reflejaría en su constitución y organización la superioridad innata de la raza aria. En este estado utópico futurista, sólo los ario-germanos podrían ocupar posiciones de liderazgo en el gobierno y la sociedad, y la pureza de la raza aria estaría

protegida por medio de leyes apropiadas que prohibirían los matrimonios interraciales. Von List, que se interesó en símbolos ocultos, descubrió la esvástica (que él creía el símbolo secreto de la salvación) en escritos esotéricos y la interpretó como símbolo de la victoria de la raza aria sobre las razas inferiores. Hitler escribió algo muy similar en su libro *Mein Kampf*: “la esvástica simboliza la victoria del hombre ario y, simultáneamente, la victoria de la idea del trabajo creativo, que siempre ha sido antisemita y siempre permanecerá antisemita .”

Similitudes aún más siniestras existen entre el programa nazi y los escritos esotéricos de Von Liebenfels, discípulo de Von List. Von Liebenfels identificaba a los judíos con animales, y promovió un acoplamiento selectivo para los judíos, “a fin de extirpar el hombre animal y propagar el hombre nuevo” por medio de la esterilización, la deportación, la liquidación a través del trabajo forzado, y aún del asesinato. A juzgar por el título de una de sus “investigaciones” ocultistas –Los orígenes zoológicos y talmúdicos del bolchevismo– Von Liebenfels identificaba al judaísmo con el bolchevismo, un aspecto típico de la concepción de mundo de Hitler. Aun si no nos consta que el futuro Führer alemán se haya encontrado o no con Von Liebenfels en persona durante los días que vivió en Viena –como éste sostuvo en 1932–, es difícil concebir que el clima de ocultismo en Viena y más tarde en Munich no haya tenido cierto impacto sobre Hitler. Un vínculo aún más directo entre el ocultismo y el nazismo fue probablemente la Sociedad Thule, que fue fundada en Munich el 1º de enero de 1918 por el ocultista Rudolf von Sebottendorff. El nombre “Thule” (Islandia) fue tomado del mítico Reino Alemán de Ultima Thule, considerado el hogar original de la raza germana. La Sociedad Thule era la continuación directa de Germanen Order , un grupo alemán ocultista que predicaba la supremacía germana. Presentándose como grupo de estudio dedicado a la “investigación de la historia alemana y la promoción del arte alemán”, la Thule era en realidad una organización rebelde de militantes völkisch que desplegaron su actividad en Munich en la época inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial. Participó en la fundación de los Freikorps , unidades paramilitares voluntarias compuestas por ex-soldados y ex-oficiales alemanes, y publicó un diario antisemita, el *München Beobachter* (El Observador de Munich). En 1920, Eckart, amigo personal y consejero de Hitler, adquirió el periódico, el cual, rebautizado *Völkischer Beobachter* , se convirtió en el vocero central del Partido Nazi. El anuncio publicado en la ocasión afirmaba que el

partido se había hecho cargo del periódico “con el objeto de convertirlo en un arma implacable del germanismo contra los esfuerzos hostiles no germánicos”. Algunos importantes miembros de la Thule, además de Eckart, llegaron a ser líderes nazis, entre ellos Alfred Rosenberg y Rudolf Hess, lugarteniente de Hitler. En su ya mencionado *Der Mythus des zwanzigsten Jahrhunderts*, Rosenberg se propuso desarrollar una historia esotérica de la humanidad basada en el continente perdido Atlantis, mientras que Hess chapuceaba en astrología y en profecías astrológicas. Así es como la historia de una sociedad ocultista que combinaba una ideología racista radical con un compromiso de militancia llegó a estar innegablemente involucrada con las actividades del Partido Nazi .

La cosmovisión de Hitler. A esta altura resulta oportuno atar los diferentes hilos. Uno puede muy bien preguntarse: ¿cómo se combinaron en un solo marco ideológico esta mezcla extraña de pensamiento místico *völkisch* por un lado, y racismo científico-biológico por el otro? ¿Qué efecto tuvo en la mentalidad nazi, y en la de Hitler en particular? Se debe aclarar que la ideología nazi no pretende originalidad o unidad sistemática, ya que está compuesta de un surtido amplio –por momentos completamente caprichoso –de creencias irracionales acerca del pasado germánico e ideas seudocientíficas sobre los fundamentos biológicos de la raza humana. Sin embargo, por inservible que nos parezca esta ideología desde el punto de vista de la historia de las ideas, el hecho de que haya influido en la agenda política del movimiento nazi es suficiente para justificar su más seria consideración. Más aún, la criminalidad sin precedentes del régimen nazi habría sido inconcebible e incomprensible si no tomáramos en cuenta que los ejecutores nazis estaban implementando los principios de una ideología en la que creían .

El caso de la cosmovisión de Hitler es crucial en este aspecto. Desde la publicación en 1938 de *Die Revolution des Nihilismus* (“La revolución del nihilismo”), de Hermann Rauschning, se sostuvo repetidamente que los nazis, e Hitler en particular, eran una banda de advenedizos sin principios que sólo se preocupaban por impulsar sus propios intereses, y que carecían de cualquier programa coherente fuera de la pura búsqueda de poder. Aunque la fuente más reveladora de la concepción del mundo de Hitler –los dos volúmenes de su autobiográfico *Mein Kampf* –, habían sido ya publicados en 1925, la verborrea de esa complicada confesión de fe no alentaba en esos momentos

una lectura atenta. Sin embargo, un examen desprejuiciado de los pasajes programáticos en Mein Kampf y de los discursos publicados de Hitler (tal como lo ha hecho Eberhard Jäckel) deja pocas dudas acerca de que, aunque primitivo y extraviado, Hitler poseía una ideología internamente lógica y coherente, y permaneció fiel a sus desviados principios y objetivos hasta el último día de su carrera criminal .

El elemento central del enfoque “biológico” de Hitler acerca de la política y la naturaleza humana era la supremacía absoluta de la raza en la historia. “La raza es la llave para la historia del mundo”. Los verdaderos factores de la historia no eran ni las clases sociales (como en el pensamiento marxista), ni las instituciones, las culturas o los individuos humanos (tal como lo considera la literatura histórica tradicional), sino solamente la raza y el Volk , que eran conceptos sinónimos en la cosmovisión de Hitler. Su teoría acerca de la historia era la aplicación más vulgar del darwinismo social, pasando libremente de observaciones zoológicas a leyes que, supuestamente, gobernaban los asuntos y las sociedades humanas. Los principios de Darwin de “selección natural” y “la supervivencia de los más aptos” se convirtieron en el punto de referencia de todo el progreso humano, y la lógica de "la ley de la selva", reemplazó la moral de las tradiciones humanísticas judías y cristianas. En la lucha universal por la existencia cabían sólo un derecho y una justicia: los del más fuerte. Las “ridículas trabas de la así llamada humanidad” tenían que ceder paso a “la humanidad de la Naturaleza, que destruye al débil para dar paso al fuerte .”

La ideología racial de Hitler partía de la presunción de la “peculiaridad interna de cada especie entre todos los seres vivos de la tierra”. El instinto de la autopreservación de las especies, decía, provocaba que “cada animal se apareara sólo con su propia clase. El paro con el paro, el pinzón con el pinzón, la cigüeña con la cigüeña, el ratón del campo con el ratón del campo, el ratón doméstico con el ratón doméstico, el lobo con el lobo, y así sucesivamente”. Todo desvío de esta ley, sostenía, era contrario a la naturaleza: “Toda cruce de dos individuos desiguales producirá algo intermedio respecto del nivel de los dos progenitores. Es decir, la cría será por supuesto superior a la mitad parental racialmente inferior, pero no tan avanzada como la superior .Como resultado, perderá luego en la lucha contra el tipo superior. Tal apareamiento contradice la voluntad de la naturaleza de mejorar las crías. (...) El resultado de esta pureza racial universalmente válida en la naturaleza, no

es solamente la sutil demarcación externa de las razas individuales, sino también su propia naturaleza internamente uniforme. El zorro es siempre un zorro, el ganso un ganso, el tigre un tigre y así sucesivamente .”

La lección a ser aprendida por la especie humana es clara: “La experiencia de la historia ofrece incontables pruebas para esto. Muestra con aterradora claridad que cada vez que la sangre de los arios se mezcló con la de pueblos inferiores se produjo el fin de los portadores de cultura”. En la visión que Hitler tenía de la historia, el pecado original era la mezcla de sangre a través del matrimonio exogámico: “La mezcla de sangre y la consecuente declinación en la pureza racial es la única causa de la muerte de todas las culturas”. Siguiendo las enseñanzas de Gobineau y Chamberlain, Hitler distinguía entre razas que crean cultura y razas que destruyen cultura. El ejemplo principal de las primeras era la raza aria, cuya inmensa contribución a la civilización Hitler elogiaba: “Todo lo que vemos hoy en forma de cultura humana, los productos del arte, la ciencia y la tecnología, es casi exclusivamente el producto creativo del ario. Si uno lo borrara, una profunda oscuridad descendería sobre la tierra, la cultura humana cesaría, y el mundo se volvería desolado”. Por el contrario, el judío, “la más poderosa antítesis del ario”, es la raza destructora de cultura por excelencia. Completamente exentos de cualquier habilidad creadora de cultura, los judíos, en interés de su propia autopreservación, sólo podían absorber de sus superiores o vivir “como parásitos en el cuerpo de otros pueblos”. Y así, con la misma elocuencia con que describía las contribuciones de la raza aria, se volvía cruda y violentamente injurioso cuando se refería al judío: “Es y será el parásito típico, el aprovechador que se esparce más y más como un bacilo pernicioso, apenas se le ofrece un medio cultural favorable. El resultado de su presencia semeja la de una esponja que todo lo absorbe: donde aparece, el pueblo anfitrión, tarde o temprano, muere.” Además, argumentaba Hitler, el judío no podía mantener su existencia parasitaria dentro del cuerpo de otros pueblos, sin engañarlos respecto de su verdadera naturaleza. Por eso, según él, los judíos gustaban presentarse a sí mismos como una comunidad religiosa, enmascarando su identidad como raza. De este modo, la mentira y el engaño se habían convertido en una segunda naturaleza para los judíos. Una de las pruebas más persuasivas de su naturaleza mentirosa, aducía Hitler, era su esfuerzo incansable para negar la supuesta verdad de los Protocolos de los Sabios de Sión .

Para Hitler, cuando el desarrollo histórico de los últimos cien años fuera visto desde la perspectiva correcta, no habría ninguna duda de que los alegatos acerca de una conspiración judía mundial eran ciertos. De este modo, la imagen del judío en el mundo conceptual de Hitler asumía un carácter contradictorio: un ser biológicamente inferior y, al mismo tiempo, un conspirador todopoderoso que anhelaba conseguir la dominación del mundo. En este contexto, la (pretendida) presencia judía detrás del pacifismo, la democracia, el socialismo y el marxismo eran interpretadas por Hitler como maniobras en la lucha judía mundial por la dominación. En su opinión, el judío tenía que apelar a otros medios en su exigencia de poder porque, en virtud de su naturaleza racial inferior, era incapaz de crear un estado territorial. Hitler consideraba que su tarea más importante, su literalmente sagrada misión, era evitar el peligro del judío destructor de culturas. Utilizaba incluso un lenguaje religioso para describirlo: “Al defenderme contra el judío, estoy luchando por la obra del Señor .”

Mientras que los judíos, como enemigos raciales del Volk alemán, eran objetivo central del ataque de la cosmovisión hitleriana, su segunda obsesión ideológica era el Lebensraum , la conquista del “espacio vital” para la raza superior alemana. De acuerdo al argumento de Hitler en 1925, la base residía en un hecho “simple”: “Alemania tiene un incremento anual de población de 900.000 habitantes”. Había cuatro modos diferentes de encarar este crecimiento: el control de población, la colonización interna, el desarrollo de la industria exportadora y “la adquisición de nuevos territorios”. Hitler eligió la cuarta posibilidad, desechando de inmediato las otras tres. Además, rechazó el retorno a las fronteras de Alemania previas a 1914, la principal exigencia alemana para la revisión del tratado de paz de Versalles, como “tontería política”: esas fronteras no actualizadas no podrían satisfacer jamás el hambre alemana de territorio .

Por lo tanto, la única solución sensata que se le ocurrió fue una expansión hacia el este, hacia esa enorme reserva de tierras: Rusia. En todo caso, como Hitler creía que los bolcheviques judíos (comunistas) habían tomado control de Rusia en la revolución de octubre de 1917, una guerra de expansión contra la Unión Soviética estaba asociada en su mente con una guerra contra el enemigo racial – el judío. De este modo, los dos principios ideológicos esenciales en la cosmovisión de Hitler, la

destrucción de los judíos y la conquista de Lebensraum para la raza dominante, se hallaron asociados en la invasión nazi a la Unión Soviética en junio de 1941 .

En conclusión: el desencadenamiento del Holocausto contra los judíos durante la Segunda Guerra Mundial no fue un simple accidente de la historia; fue el resultado lógico de la concepción de mundo nazi y de la contaminación antisemita que prevaleció en Alemania en el siglo precedente a la toma del poder por los nazis .